

Hace treinta años, Don Juan Carlos fue designado sucesor a título de Rey

La Monarquía de la Constitución que firmó en 1978 era la que defendió siempre Don Juan, la contraria a la establecida por Franco

Hace 30 años, España vivió las intensas jornadas de la designación del entonces Príncipe de Asturias, Don Juan Carlos de Borbón, como sucesor a título de rey. Reproducimos a continuación el relato que de aquellos días hace Luis María Anson en su *Don Juan*, libro del que entre las ediciones de tapa dura, las del Círculo de Lectores y la de Bolsillo, se han vendido más de un millón de ejemplares y que es citado como referencia obligada en todos los libros posteriores.

Don Juan, derrotado y humillado

—Ahí tienes la carta del generalísimo— dice Don Juan secamente—. Ábrela... ábrela.

Anson se acerca a la mesa. Sobre ella, entre el desorden, ve dos cortaplumas, uno de plata con la corona real, el otro corriente, de hueso. Encima de la carpeta de piel gastada y oscura, el sobre de Franco grita cruzado sobre la carta del Príncipe de Asturias, leída por el Rey tres horas antes. Con el cortaplumas de hueso, Anson quiebra los lacres. Don Juan se ha sentado en su butaca de audiencias, delante de la mesa. Viste pantalón beige claro arrugado, chaqueta azul marino blazer con los codos gastados, corbata negra, zapatos mocasines lustrados a conciencia. Hace un calor húmedo que agobia. El aire acondicionado de la ventana está apagado. Es miércoles, día 16 de julio de 1969. El pequeño despacho de Don Juan, poco más de cuatro metros por cuatro, estalla de luz apenas velada, luz de cal viva que hierre los ojos. El Rey, en su butaca de cuero indefinible que se ha ido adaptando a su cuerpo con los años, se ha encajado en ella como la mano en el guante. Fija la vista en el suelo, la expresión impenetrable, rasgado el gesto, curtida el alma de viejos y nuevos dolores apretados, bronceada la piel de yodo y de mar.

De pie, con voz clara, Anson lee la carta autógrafa del dictador al Rey:



El Príncipe Don Juan Carlos firma en el Palacio de La Zarzuela, ante Antonio María de Oriol, ministro de Justicia, su aceptación como sucesor a la Jefatura del Estado a título de Rey. Era el 23 de julio de 1969. El 22, Las Cortes habían aprobado su nombramiento propuesto por Franco, conforme a la Ley de Sucesión establecida por la dictadura.



El 27 de diciembre de 1978, el Rey firma la Constitución que la inmensa mayoría de los españoles había reafirmado y que establece la Monarquía defendida por Don Juan, la contraria a la que quería Franco.

«Mi querido Infante:

En los momentos en que en cumplimiento del artículo VI de la Ley de Sucesión tomo la decisión de proponer a las Cortes mi sucesor en la Jefatura del Estado, en favor de vuestro hijo D. Juan Carlos, quiero comunicároslo y expresar mis sentimientos por la desilusión que pueda causaros, y mi confianza de que sabréis aceptarlo, con la grandeza de ánimo heredada de vuestro augusto padre D. Alfonso XIII.

Me imagino los sentimientos contradictorios que esta noticia va a despertar en vuestro ánimo; pero la grandeza de la Monarquía está precisamente en ser un camino de sacrificio de las personas reales a la Institución, por ello me permito prevenir contra el consejo de aquellos seguidores que ven defraudadas sus ambiciones políticas.

Yo desearía comprendierais, no se trata de una restauración, sino de la instauración de la Monarquía como coronación del proceso político del Régimen, que exige la identificación más completa con el mismo, concretado en unas Leyes Fundamentales referendadas por toda la nación. En este orden la presencia y preparación del Príncipe D. Juan Carlos durante 20 años y sus muchas virtudes le hacen apto para esta designación.

Confío que esta decisión no alterará los lazos familiares de vuestro hogar ya que nuestras diferencias constituyen un imperativo de servicio a la Patria por encima de las personas.

Le saludo con todo afecto y consideración.

FRANCISCO FRANCO»

El nombre del dictador se queda como varado en un silencio fugitivo. Después, Don Juan, con la vista todavía baja:

—¡Qué cabrón! — exclama, arrastrando la ce.

Es la primera vez en muchos, en largos años, que Anson le escucha una imprecación contra Franco.

Los dos saben en ese momento que, con la carta del caudillo, todo está consumado.

Las relaciones entre Don Juan y Franco han originado decenas de libros y millares de artículos. Se han abordado en seminarios y cursos universitarios, en debates de radio y de televisión. Salvo algún historiador sagaz, en la mayor parte de los casos se han simplificado las posturas: Don Juan estuvo al lado de los aliados, en contra de los totalitarismos, en favor de una Monarquía constitucional como la inglesa o la belga; Franco fue germanófilo, organizó un Estado tota-

litario, impulsó una política carnicera, promovió una Monarquía en la que el Rey era la guinda sobre los Principios y Leyes Fundamentales del Movimiento Nacional. Tal vez, en líneas generales, todas estas simplificaciones sean verdad. Pero no toda la verdad, y por eso se debatirá durante numerosos años sobre las posiciones mucho más complejas y sutiles de ambos personajes.

Porque la verdad de fondo, cruda y descarnada, es que, en la contienda entre Don Juan y Franco, las posiciones ideológicas contaron poco. Fue sencillamente una lucha sin cuartel por el poder. Ahí está la clave para entender todo lo que ocurrió. Franco se vio alzado a la cumbre de Estado por el azar del accidente que terminó con Sanjurjo, en 1936. Se jugó la vida en una terrible Guerra Civil, de la que salió victorioso, y desde el primer momento decidió mantenerse en el poder hasta la muerte. Don Juan, tercer hijo varón vivo de Alfonso XIII, se convirtió en heredero por las deficiencias de sus hermanos mayores. Desde 1941 hasta 1969, el Rey en el exilio trató de derribar a Franco con todos los medios a su alcance. Fue una guerra abierta y frontal en ocasiones; sutil y florentina, en otras. Pública cuando a veces Don Juan, a veces Franco, entendieron que les convenía. Sorda y subterránea casi siempre. Ambos se mantuvieron a través de una correspondencia delirante, los dos se trataron de engañar, de confundir, de sortear, de hacer daño. Franco volcó el entero aparato del Estado contra Don Juan. El Rey aguantó las tormentas refugiado en el mundo internacional. Y así se azotaron sin piedad.



Don Juan, con algunos de sus colaboradores encabezados por José María de Arellano.

duciría la más clamorosa venganza de la Historia. El Príncipe que Franco nombraba sucesor a título de Rey en julio de 1969, firmaría, el 27 de diciembre de 1978, la Constitución que vendría a liquidar la entera obra del dictador y que consagraba la Monarquía constitucional deseada por Don Juan, literalmente la contraria de la que había establecido Franco.

Anson contempla a Don Juan mudo, malherido, con la mirada entristecida y turbia. Al mejor Esquilo de la *Orestíada*, al Sófocles más turbulento de la *Antígona* estremecida, no se le hubiera ocurrido escribir una tragedia tan patética como la que en ese momento desgarraba al Rey de España. Después de tres décadas de lucha encarnizada por el poder, el dictador, el amigo de Hitler y Mussolini, el que envió la división azul en apoyo de los nazis, permanecía en su madriguera de El Pardo y usurpaba a Don Juan con su propio hijo, para infligirle la humillación más refinada y definitiva. Era una escena de tragedia griega.

«Con engaño fue muerto el Rey, con engaño deben ser muertos sus matadores» (1). Anson no sabía hasta qué punto se iba a cumplir lo que escribió Esquilo dos mil quinientos años antes.

Se levanta el Rey, golpea con los dedos sobre la mesita, junto al acondicionador de aire, un libro bellamente encuadernado en blanco, tal vez La *maison royale Des deux Siciles*, de Villarreal de Álava. No profiere una queja. Anson siente la inmensa humanidad herida de Don Juan. Le impresiona la dignidad de aquel semblante impenetrable.

—Chiquito —le dice el Rey derrotado—. ¿Hiciste lo que te dije antes?

—Claro, ya están avisados don Pedro y Arellano. ¿No deberíamos llamar

también a Pernán?

—Con Pernán ya he hablado yo. —Señor, no estoy seguro, pero creo que mientras V. M. estaba en misa ha llamado el Príncipe.

—Ya lo sé. —Don Juan mira a los ojos, heridamente, a Anson—. Pero no me voy a poner.

Las tres puertas del pequeño despacho están cerradas. Forrada de cuero con un grabado, la que da al saloncito usado por Doña María; de dos hojas, la que comunica con el salón; Don Juan abre la tercera, y sale al pasillo de la escalera. Anson cree ver a Juan Tomás escabullirse furtivamente.

—Tengo ahora un almuerzo —dice Don Juan en voz baja—. Vente con Pedro después.

Y musita con gesto dolorido: «Menos mal que mi madre no puede ver todo esto», mientras se dirige a su dormitorio, que preside el crucifijo besado por Alfonso XIII poco antes de morir, enmarcado por el pendón de Castilla y la bandera de España que le acompañaron al exilio.

Anson se queda solo en el despacho del Rey. Está abrumado. El reloj apenas sobrepasa la una.



El Rey Alfonso XIII

(1). Las siete tragedias de Esquilo. Madrid, 1880. Traducc. F. Segundo.

Doce días decisivos del 12 al 23 de julio

Sábado, 12 de julio de 1969

En Estoril, Don Juan dedica la mañana a los preparativos que exigía el Giralda para el cruce que tenía previsto por el Mediterráneo. Se muestra abierto y sonriente, y su aspecto es magnífico y jovial.

Mientras el Rey, en Cascais, se ocupa del barco, el Príncipe de Asturias, en Madrid, recibe una llamada de Franco, que le cita para después de comer, en El Pardo. Cinco minutos antes de las cuatro, Don Juan Carlos camina ya por los corredores del viejo Palacio de piedra dorada y triste hacia el despacho del dictador.

Franco le tiende la mano y le pregunta: —¿Cómo está vuestra familia, Alteza?

—Muy bien, mi general, gracias.

El dictador se sienta sin invitar al Príncipe a hacerlo. El hermoso despacho cuadrado, un millón de veces fotografiado, con sus tapices, sus alfombras, la mesa abarrotada de carpetas y expedientes, la figura diminuta del que se llamaba a sí mismo caudillo, el ambiente entero, que respira solidez y firmeza, impresionan una vez más al Príncipe de Asturias.

Sin otros preámbulos, mirándole a los ojos, «el generalísimo le comunicó su decisión de designarle sucesor, a cuyo efecto el día 17 se publicaría la convocatoria de una sesión extraordinaria de las Cortes que tendría lugar el día 22. Le dijo que quería garantizar la continuidad y que esperaba del Príncipe que sabría imprimir un aire joven a la vida política española. Le leyó la carta que iba a enviar a Don Juan. El Príncipe le sugirió que la llevara alguien que tuviera ascendiente

en Estoril, para asegurar la buena recepción de su padre. Franco le dijo que no creía que hiciera falta. Le advirtió, entre otras cosas, que, una vez designado sucesor, no podría salir al extranjero sin autorización del Gobierno y que aquel verano, por tanto, no podría pasar sus vacaciones fuera de España. Le indicó también que le nombraría general honorario de los tres Ejércitos, pero que al acto de juramento fuera con uniforme de capitán, puesto que el nombramiento de general se publicaría al día siguiente de la jura, el 24. La conversación fue muy cordial y emotiva. El Príncipe reiteró lo que le había dicho ya el 15 de enero: que él estaba para servir a España, que a ello se había comprometido cuando juró la bandera. Al término de la entrevista, Franco le dio un abrazo».

Don Juan Carlos cuenta esta escena así, ya Rey veterano, en 1992:

—Bien. Tengo que anunciaros algo: me dijo Franco sin cambiar de tono. El próximo día 22 de julio voy a nombraros mi sucesor «a título de Rey».

Eso caía cinco o seis días más tarde. Me dejó estupefacto.

—Pero, mi general, ¿por qué no me dijo nada cuando le vine a ver antes de ir a Estoril?

—No quería que lo supierais antes de ver a vuestra familia —me respondió con la mayor tranquilidad del mundo.

—Mi general, de todas formas ahora debo poner a mi padre al corriente de sus intenciones.

—Preferiría que no lo hicierais.

—Mi general, yo no puedo mentir a mi padre y menos todavía ocultarle una noticia tan importante.

«Y (Don Juan) musita dolorido: "Menos mal que mi madre no puede ver todo esto"»

Me miró en silencio unos segundos, con cara impenetrable. Después me preguntó:

—Entonces... ¿Qué decidís, Alteza?

No me dijo: «Tomaos tiempo para reflexionar vuestra respuesta». No. Tenía que responderle allí, enseguida. Al fin había llegado el momento que yo tanto temía. De pie, frente al general, que esperaba imperturbable, hice un razonamiento muy sencillo, un razonamiento que ya había hecho a menudo para mis adentros. Mi padre, en contra de la opinión de muchos de sus consejeros, había querido que yo hiciera mis estudios universitarios y militares en España. Sabía mejor que nadie los riesgos que corría enviándome «al enemigo». No tardé mucho en saberlo yo también. Ahora, el envite principal no era saber quién iba a ser Rey de España, si mi padre o yo. Lo importante era restaurar la Monarquía

«En la contienda entre Don Juan y Franco las posiciones ideológicas contaron poco»

dad durante décadas, a veces con látigos de hierro, a veces con látigos de seda. Pero los dos procuraron siempre el exterminio político del otro.

Y veintiocho años después, en aquella mañana del largo y tórrido verano que ardía en las ventanas de Villa Giralda, Franco aplastaba finalmente a Don Juan, y sin misericordia alguna, sin una conversación, sin negociar ni siquiera la rendición, le daba la puntilla en el centro del ruedo ibérico con el instrumento que más daño podía hacerle: su propio hijo, el Príncipe de Asturias, Don Juan Carlos.

Hundido en su sillón, desolado y en silencio, Don Juan no podía ni imaginar en ese momento que nueve años después, solo nueve años, con el mismo instrumento con que Franco le enviaba al desolado político, tras cortarle las orejas y pasearlas en triunfo por el anillo bronco de España, se pro-

Don Juan Carlos:
«Aquel día Franco me puso entre la espada y la pared (...). De acuerdo, mi general, acepto»

en España. «¿Qué decidís, Alteza?», acababa de preguntarme el general Franco. Si no le respondía allí, enseñada, podía apartarme de sus proyectos, porque no le gustaba que lo contrariaran y no le faltaban peones para continuar el juego si yo le dejaba el sitio libre. En tal caso, era seguro del todo que Franco no acudiría al Conde de Barcelona. Dicho esto, en ningún momento (y Dios sabe que sí hubo momentos difíciles) creí que el general fuera a cambiar de opinión respecto a mí. Que tardara tanto en nombrar un futuro Rey no quería decir que no fuera un monárquico convencido. España (y eso me parece significativo) nunca dejó oficialmente de ser un Reino durante todo el período que duró el franquismo. Yo hubiera querido, naturalmente, que las cosas pasaran de otro modo, sobre todo por respeto a mi padre. Pero aquel día Franco me puso entre la espada y la pared. Esperaba mi respuesta. Le dije: «De acuerdo, mi general, acepto». Sonrió imperceptiblemente y me estrechó la mano.

De vuelta a casa, llamé a mi padre a Estoril y le conté lo que acababa de pasar. Mi padre tuvo entonces una reacción perfectamente lógica. «Eso quiere decir—su voz se había alterado—que lo sabías cuando estuviste aquí y que no has querido decirlo». Le respondí que se equivocaba, que yo no sabía absolutamente nada cuando fui a Estoril. Estaba al corriente de ciertos rumores, lo mismo que él. Pero en Madrid hay que tomar los rumores por lo que valen. Yo decía la pura verdad, pero bajo el impacto de la noticia, mi padre no me creyó. Durante muchos meses estuvo muy frío conmigo. Después, con el tiempo, todo volvió a su cauce. Me abrazó y me dijo: «Después de todo, soy yo el que te ha puesto en ese trance al enviarte a España». Después añadió con amargura: «Pero nunca hubiera creído que las cosas se harían así».

Don Juan Carlos no llamó a su padre a Estoril, en contra de lo que le asegura a Vilallonga, hasta el día 16, a media mañana, una vez que el marqués de Mondéjar había entregado su carta personal y manuscrita. No tuvo valor para la conversación personal previa. Probablemente hizo bien. Telefonó tres veces al padre aquel miércoles 16, pero Don Juan no se puso al teléfono. Seguramente lo hizo su madre, Doña María, y en más de una ocasión. Por lo menos eso aseguraba Juan Tomás.

Pero Don Juan Carlos no le miente a Vilallonga. No lo hace nunca. Hay que decirlo en su honor. La conversación existió y, además, tal y como la recuerda el actual Rey. Pudo celebrar-

se el día 21, como afirma López Rodó. Don Juan diría el día 29, a Sainz Rodríguez, Pernán y Anson, que había hablado con su hijo el jueves 24. Según Armada, durante el acto de las Cortes, el 23, llamó Antonio Banda con este recado: «Que en cuanto termine la sesión, el Príncipe llame a su padre». Probablemente no pudo comunicar esa noche con el barco y no habló hasta el día siguiente, 24. El propio Don Juan se contradice y le comentó a Pedro Sainz, el 26 de octubre de 1979, que habló con Don Juan Carlos el 16, poco antes de llegar el embajador. Salas y Guirior también lo refleja así, equivocándose los dos.

A la hora en que el caudillo comunica al Príncipe de Asturias su decisión, Pedro Sainz Rodríguez viajaba hacia Lisboa en coche, después de haber almorzado en el Parador de Mérida, en compañía de Jesús Obregón. Un fuego «que parecía del infierno» quemaba el asfalto y convertía el automóvil en «un baño turco».

El Rey estaba enfrascado en una partida de cartas en el Golf de Estoril, con Salas y Guirior y unos amigos. Perdió, con visible disgusto. Antes había jugado al golf.

Domingo, 13 de julio de 1969

Avisado por Carrero el 11, el embajador Giménez-Amau llega a Madrid el domingo 13.

López Rodó y Carrero dedican el día a perfilar la estrategia del nombramiento.

Pedro Sainz Rodríguez se pasa la tarde del domingo terminando de leer «Literaturas de vanguardias en Europa», de Guillermo de Torre. Varios miembros del Secretariado Político de Don Juan se desplazan a Estoril en avión.

Anson lo hace en su Seat-600, que resiste los cuarenta grados de la carretera extremeña.

Areilza, en su casa de la Castellana, refugiado en su biblioteca de madera blanca, con libros de bellas pieles gas-



Laureano López Rodó

tadas, perfila la reunión del Secretariado, convocada por el Rey para el día 15. Areilza estaba en el mejor momento de su vida política. Su lucidez y su cultura eran un asombro permanente. Realizó una espléndida labor al frente del Secretariado Político, fue hombre clave para las decisiones más complicadas y nunca la causa monárquica estuvo tan bien dirigida como cuando le correspondió a él la responsabilidad. La justicia exige escribir estas líneas.

Lunes, 14 de julio de 1969

A mediodía, el dictador, vestido de paisano, recibe a su lacayo Giménez-Amau. Le entrega la carta para el Rey y le ordena que no acuda a Villa Giralda hasta «que termine el Consejo de los rabadanes y se vayan todos».

El Príncipe de Asturias dedica la mañana a perfilar con sus colaboradores su discurso ante las Cortes, que debe aprobar Franco.

López Rodó se aparece ya ante todo el sector tecnocrático con un halo virginal de santidad. Está en gracia santificante histórica. Una gripe la ha mantenido en cama varios días. Sabe, y es verdad, que ha sido hombre clave para lo que va a ocurrir.

El embajador Giménez-Amau toma el avión de la tarde, palpitando to-

daría de emoción tras el placer imperial de haber contemplado al César. Se encuentra allí con «un grupo de tres personas de la Junta Política del Conde de Barcelona, de los que recuerdo a Miguel Ortega y a Santiesteban, y no acabo de identificar al tercero». La Junta Política se llamaba Secretariado Político. Ortega era miembro del Consejo Privado y del Secretariado. Santiesteban no existe en ninguno de los dos organismos. Así que hace muy bien el embajador en no reconocer al tercer viajero.

A las ocho, Giménez-Amau toma un whisky, en Palhava, con el conde de los Andes, miembro del Secretariado Político: «Embajador—le dice Andes—, hemos tenido un almuerzo con Su Majestad y todos estos rumores que últimamente nos han estado volviendo locos en España no tiene fundamento alguno. Pasado mañana se va el Rey a navegar y hasta octubre no hay problemas previsibles...». «El sobre sigue crujiendo y yo me pregunto cómo es posible que pudiera ser desconocido por todos los altos consejeros del Conde de Barcelona un hecho de la magnitud del que yo era portador». También López Rodó escribirá «los del Secretariado no se enteran». No los del Secretariado, ni la mayor parte de los ministros, ni los procuradores, ni casi nadie sabía nada en aquel momento. López Rodó, por otra parte, no estaba enterado del fondo político en el que se movía la Restauración desde 1948.

Pedro Sainz Rodríguez llega a las siete y media de la tarde a Villa Giralda. Se encuentra con Calvo Serer, que está en la secretaría con el marqués de Lema, tratando con desesperación de que alguien le haga caso. «Pedro Sainz se dirigió a Calvo Serer, con quien apenas había hablado desde hacía tres años, desde que éste se hizo cargo de la presidencia del diario Madrid, expresándole su convencimiento de que no habría designación de sucesor. A esas horas ya tenía el embaja-

Don Juan Carlos:
«Yo decía la verdad (...) pero mi padre no me creyó. Durante meses estuvo muy frío conmigo»

dor Giménez-Amau la carta de Franco para el Conde de Barcelona» (2). Fue Calvo Serer el que, en casa de Lema, en el *Carpe Diem*, aseguró que «no es una opinión; es una información. Está todo aplazado y Franco no hará nada». Varios consejeros, entre ellos Anson, le escuchan. Pedro Sainz Rodríguez, en cambio, el caudillo, cauteloso y repante don Pedro, lo sabía todo. Callaba y esperaba. Y hacía ejercicios espirituales de simulación.

Martes, 15 de julio de 1969

A las diez de la mañana, los miembros del Secretariado están ya sentados en torno a la mesa del comedor de Villa Giralda. Preside el Rey, don José María de Areilza enfrente. El año anterior, 1968, y en la misma reunión, estuvo sentado el Príncipe Don Juan Carlos en el lugar que ahora ocupaba el que iba a ser su ministro de Asuntos Exteriores en 1975-76. Están presentes Hermenegildo Alizano, Luis Sánchez Agesta, Guillermo Luca de Tena, el conde de los Andes, Fernando Aramburu, Francisco Melgar, Miguel Ortega, Eduardo Gil de Santiviáñez, conde de los Gaitanes, Jesús Obregón, Santiago Nadal, José María Ramón de San Pedro, Luis María Anson y Pedro Sainz Rodríguez. Gil de Santiviáñez asistía a las reuniones del Secretariado como secretario general del Consejo Privado; Sainz Rodríguez, porque le daba la gana. El Secretariado funcionaba como un Gobierno en la sombra.

Areilza hace un informe impecable de la situación general y de las actividades de la causa monárquica. Habla con precisión y brillantez. La luz, intensa, reverbera en el rico centro de plata de la mesa y golpea las paredes revestidas de una *boiserie* clara.

Los diversos secretarios intervienen a continuación. Don Juan escucha en silencio. Areilza hace alguna puntualización. La reunión está, como siempre, perfectamente preparada. Nadie divaga y todos intervienen con concisión y seriedad. Son las doce cuando concluye el orden del día.

Entonces, el Rey toma la palabra, carraspea con alguna intensidad y, aclarada la voz, dice:

«Os he escuchado con atención y quiero daros las gracias a todos, y de manera especial a José María Areilza, por el trabajo que estáis realizando. Vuestro esfuerzo, podéis creerme, tiene todo mi reconocimiento. Pero hoy, antes de levantar la sesión, quisiera conocer vuestra opinión, uno a uno, so-



Don Juan conversa con Don Juan Carlos en presencia de Luis María Anson

(2). Franco Frente al Rey. Calvo Serer.

XXX ANIVERSARIO DE LA DESIGNACIÓN DE DON JUAN CARLOS

«Quiero que leas la carta de Juanito», dice.
Anson lo hace despacio.
«¿Qué piensas?»
Anson le dice lo que piensa con dulzura.

El Rey asiente.
«Me voy a misa... Habrá que hacer algo. Llama a Pedro y a Areilza... y pensad en algo».

Sale del despacho.
Anson, un poco aturrido, baja las escaleras y le explica a Lema lo que éste ya sabía. Tornos se mueve por toda la casa. Es un insufrible nabo de la gartija.

Anson telefona a Sainz Rodríguez.

«Me coge usted recién salido del baño, mi querido amigo, en pelota picada», responde don Pedro con jovialidad.

Anson le explica lo que acaba de leer.

«¡Cofío!», exclama don Pedro, con delicadeza. Y añade, finalmente: Hay que tocarse los cojones.

Un momento después:

«Como comer hay que comer, le esperó en Saisa a la una y media. Y procure que el Rey no haga ninguna tontería hasta que yo llegue...»

Anson dice a Lema:

«Hay que avisar a Areilza».

(Don Juan) «toma con dos dedos la carta del dictador y, sin abrirla, la tira sobre la mesa»

«Tornos se precipita al teléfono.
«Yo, yo, yo, yo le llamo a Motrico.
¿Qué le digo, qué quiere el Rey?»
«Que venga lo antes posible», contesta Anson fastidiado.

Tras la misa en San Antonio, Mondéjar vuelve a Lisboa. Don Juan se encierra en su despacho. Lema sube en tres ocasiones. A Anson le da la sensación de que Tornos está con Doña María. La apacible Villa Giralda parece electrificada.

Don Juan llama a José María Pemán y habla unos minutos con él. Después, en ausencia de Lema, marca personalmente el número de Antonio García Trevijano en Madrid. Le explica la situación y solicita su presencia en Estoril. Solo media hora después, Trevijano pisa ya el acelerador de su Jaguar, camino de Portugal. De esta llamada Don Juan no da cuenta ni a Sainz Rodríguez ni a Anson.

«Dice el Señor que me acompañes».

Anson, que estaba absorto, sube con Lema al despacho del Rey.

«¿A qué hora llega Arnau?» pregunta Don Juan.

«En unos minutos, a las doce y media».

«Vendrá más contento que unas pascuas», comenta el Rey, con desdén.

Y se refiere a asuntos menores del barco. Se va Lema. Don Juan mira a Anson fijamente. Siempre ha estado seguro de su lealtad.

«Espera fuera. Te llamo enseguida».

Anson pasa al salón de la Reina, que sigue vacío.
Llega el embajador de Franco. El Rey recibe de pie al lacayo de pútrida sonrisa. Toma con dos dedos la carta del dictador y, sin abrirla, la tira sobre la mesa.

Giménez-Arnau, con su afeitada cara, su traje, su corbata y sus zapatitos de atildado dependiente de grandes almacenes, lleva preparada alguna frase histórica sobre Alfonso XIII. El Rey le interrumpe. «¿Qué tendrá que ver la abdicación de mi padre, enfermo de muerte, con todo esto?», piensa irritado. Y le da los buenos días al recadero sin dejarle hablar.

En sus *Memorias de memoria*, el embajador, que había llegado con Miguel Jabala, al que, según él, pidió que cronometrara el tiempo de la entrevista, escribe pintorescamente: «Lo primero que pregunto a Jabala es cuánto ha durado la conversación. Yo no sabía si una hora y media o cinco minutos. No era ni una cosa ni otra. La conversación se había prolongado catorce minutos...»

Sin duda Jabala cronometró bien el caso que el Rey le había hecho al embajador, pero éste debió bajar muy despacio la escalera, recreándose en el retrato de Alfonso XIII, de Laszlo. La gélida conversación con el Rey no duró más de tres minutos.

Don Juan llama a Anson y le dice que abra la carta de Franco, punto final de la lucha por el poder entre los dos personajes. Por eso he empezado la introducción a este libro con la escena terrible en la que culminó aquella lucha de tragedia griega entre el



Antonio García Trevijano

Rey y el dictador.

En Saisa, un restaurante absurdo entre Lisboa y Estoril, sobre el mar, Pedro Sainz Rodríguez espera ya, contemplando con evidente delectación las carnes prietas de las bañistas, que retozan en la sal oscura de la playa, sobre las arenas sopladitas por el viento.

Una camarera, que no cabe en el traje, se les acerca sonriente, sangre yoruba en el rostro. Es «la mulata, dos pitones en punta bajo la bata», del verso azul y vegetal de Alberti.

Tras don Pedro el borrador de dos cartas, dirigidas a Pemán y Areilza, con la disolución del Consejo Privado y del Secretariado Político. Cumple así un compromiso que en ese momento Anson no puede adivinar. Ni siquiera se extraña de que se disuelvan los organismos presididos por Pemán y Areilza sin reunirlos antes.

También le lee, haciendo correcciones a la vez, el texto de una declaración o manifiesto de Don Juan. A Anson todo le parece bien. Está tan abotado que permanece indiferente ante las turgencias juveniles con las que

disfrutaba visiblemente don Pedro. «Son todas como putas», musita Sainz Rodríguez. Y con grave acento de experto añade: «Ni en un burdel enseñan tanto».

A las cuatro de la tarde está ya en Giralda, en el despacho del Rey. Hace un calor insoportable. Don Pedro, más orondo que nunca, resopla, pero domina la situación. Don Juan llama a Lema y le ordena que copie las cartas a Pemán y a Areilza.

«Hay que poner fecha del viernes 18 para que coincidan con el manifiesto y éste quede respaldado por el Consejo», ordena Sainz.

Don Juan asiente. Luego, el manifiesto llevaría fecha del 19, aunque se distribuyó el 18.

No está el eficaz y discreto Eugenio Hemansanz, el hombre clave en la secretaría desde 1946, pero Lema sube a los pocos minutos con las dos cartas.

El Rey las firma en silencio. La de Pemán se la entrega a Anson.

«Areilza llega mañana y le daré personalmente su carta. A Pemán se la llevas tú».

«Creo que lo mejor que podía hacer Anson es marcharse ya a Madrid», ordena don Pedro. Hay que comunicar a todos lo que la decisión de disolver el Consejo Privado y, sobre todo, hay que dar a las agencias la declaración de V. M. y atender a los periodistas... a los extranjeros, que llamarán en racimos. Mañana, con Areilza perfilamos lo que haya que perfilar del Manifiesto y luego lo mejor que puede hacer V. M. es meterse cuanto antes en el barco. Ya tendremos después tiempo de ver qué es lo que se hace».

En Madrid, y según cuentan sus protagonistas, se les ocurre a la vez a Carrero, a López Rodó y a Doña So-

fía -ya es casualidad- que a Don Juan Carlos se le llame Príncipe de España. Franco, por lo visto, no participa en la elección de este título, un poco grotesco desde el punto de vista histórico.

Pedro Sainz abandona Villa Giralda, mientras Anson viaja ya hacia Madrid. Don Juan quería estar solo, según entiende su consejero. No era sí: lo que el Rey pretendía es que don Pedro no viera a Trevijano. Poco después de las siete llega éste. El Rey abre personalmente la puerta de la casa y le da un abrazo. Ambos suben al despacho. Don Juan enseña a Trevijano la carta del dictador, no la del Príncipe. Trevijano se indigna y dice que es necesario responder. El Rey le encarga que redacte la respuesta.

Jueves, 17 de julio de 1969

Sobre una crónica de Massip, que asistió al despegue del Apolo XI hacia la Luna, ABC abre su primera página con este titular: «Franco dirigirá personalmente un mensaje sobre la sucesión en la Jefatura del Estado».

El Boletín Oficial del Estado publica ese mismo día la convocatoria a Cortes Generales.

Antonio Fontán, director del diario Madrid, llama a Areilza y le da cuenta de una conversación con López Rodó para pedirle que en lugar de nombrar

«Trevijano se indigna y dice que es necesario responder. El Rey le encarga que redacte la respuesta»



Don Juan y un adolescente Don Juan Carlos

al Príncipe sucesor a título de Rey, se le nombre Príncipe regente. Cree que es la fórmula legal para evitar la liquidación de Don Juan.

Calvo Serer escribe sendas cartas a Franco y a Carrero en el mismo sentido. Areilza no hace ni caso del argumento. Es demasiado inteligente. Y sabe que la suerte está echada.

En Estoril, a las nueve de la mañana, Trevijano vuelve a Villa Giralda. El Rey le enseña entonces la carta del Príncipe de Asturias. Trevijano se llena de cólera contenida y le dice a Don Juan:

«Vuestra Majestad tiene el deber de contestar».

El Rey asiente. Luego encarga a Trevijano la redacción de la carta de respuesta. Bajaron juntos a la secretaría. Don Juan busca su papel personal y se lo facilita a su acompañante. Éste se instala en la sala de gentilhombres, una pequeña estancia con una mesa de trabajo y vitrinas repletas de bellas porcelanas de Sajonia. Es el lugar donde trabajan los Grandes de España que hacen «servicio» en Villa Giralda. Trevijano, a la máquina, se queda solo y redacta las dos cartas dirigidas al dictador y al Príncipe. Al cabo de un largo rato, se abre la puerta y se asoma

Juan Herrera, recién llegado de Madrid. Se queda de piedra espantado al descubrir la identidad de quien allí está escribiendo a máquina. Herrera pensaría y diría más tarde que estaba copiando el Manifiesto de Don Juan, lo que provocaría el error de la mayor parte de los historiadores. Trevijano no intervino en ese texto.

A las once de la mañana, Arelliza reúne en su casa de la Castellana, en Madrid, a los miembros del Secretariado Político que ha podido encontrar. Anson, cansado y entristecido, da cuenta de la jornada anterior. La desolación se hace general. Anson ha llamado a Jerez a José María Pernán, que estaba informado por el Rey, y ha dejado la carta con la disolución del Consejo Privado en el domicilio del poeta, en Madrid, en la calle Felipe IV, 9. Explica también que el Secretariado no existe y que el Rey entregará a Arelliza la carta de disolución ya firmada. El conde de Motrico no comprende por qué hay que disolver el Secretariado. Lee Anson la carta del Rey a Pernán. Como Don Juan se la entregó abierta, Anson la copió con exactitud:

«Querido José María:

Las nuevas circunstancias creadas en España con motivo del nombramiento de Sucesor en la Jefe-

«Consigue López
Rodó controlar
ABC. Es lo más
importante. Pero
le falla todo lo
demás»

tura del Estado hacen necesario, a mi parecer, un reajuste de las actitudes políticas en el campo de la Monarquía. Por ello he decidido proceder a la disolución de mi Consejo Privado que desde 1946 me acompañó con sus opiniones y su responsabilidad en la orientación de la Causa monárquica. Quisiera expresaras a todos y cada uno de sus componentes mi profundo agradecimiento por la lealtad y la abnegación con que me sirvieron a lo largo de estos años.

Y a ti, que has sido ejemplo y guía del pensamiento de nuestra Monarquía y que supiste mantener siempre en una intachable línea de fidelidad, quisiera hacerte llegar una vez más mi reconocimiento sincero y cordial por tu tarea y por tu conducta.

Te abraza con todo afecto,
JUAN»

A continuación, Anson lee el texto del manifiesto. A Arelliza no le gusta.

Se disuelve enseguida la reunión. Arelliza le da instrucciones muy precisas a Anson sobre lo que hay que decir a los periodistas. Éste se instala en las oficinas del Consejo Privado, en Goya 31, camufladas como la empresa de Artes Gráficas AGASA. Se pasa el



Don Juan, con algunos miembros de su Consejo Privado

día allí, con el conde los los Andes y Ramón Jordán de Urrés, atendiendo la agitación general, que se ha desbordado.

A las ocho de la tarde, llama Sainz Rodríguez.

«¿Sabe usted quién está aquí?»

«Pues, no.»

«¿García Trevijano! -exclama con ira.

Don Pedro no se explica la presencia de Trevijano, que no era miembro ni del Consejo Privado ni del Secretariado Político. Cree que Trevijano acaba de llegar, que le ha avisado ladina-mente Arelliza, y no sabe que está en Estoril desde el día anterior, 16, por la tarde. Sainz Rodríguez defiende con uñas y abundosos tacsos su texto del manifiesto, que sufre algunas enmiendas.

Antes de la llegada de Arelliza, Don Juan ha firmado y lacrado las cartas para Franco y el Príncipe, y le asegura a Trevijano que saldrán enseguida hacia Madrid.

López Rodó se mueve como una ardilla para flanquear la reacción de Estoril. Desconoce por completo que Franco ha utilizado un arma mucho más poderosa que la que su ministro podía soñar. Consigue López Rodó controlar ABC. Es lo más importante. Pero le falla todo lo demás. Trata de movilizar a tiempo a Juan Ignacio Luca de Tena, que no está en Madrid, a López Ibor, a Juan Herrera, a Luis Al-

ba. Joaquín Satrústegui, que ha pasado la jornada del 16 con los suegros de Anson en su finca de Valdeprados, llega a Estoril, acompañado de Jorgina, su mujer, el 17, por la mañana. El Rey le recibe enseguida.

En Madrid, Franco, reservón, acepta los textos que le lleva Carrero, aunque no le gusta el título de Príncipe de España. España era él y por eso en las monedas había hecho grabar: «Francisco Franco, caudillo de España por

la Gracia de Dios». Franco es la historia de un mesianismo, según el espléndido libro crítico de Luciano Rincón. Al dictador no le hacía gracia, por consiguiente, lo de compartir España. Pero como llamar a Don Juan Carlos «Príncipe de Asturias» significa reconocer que su padre era el Rey, el generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y caudillo invicto, terminaba asintiendo a la propuesta de Carrero, tras garantizarse generosas dosis de incienso en toda la operación. Para Franco, como decía Bernard Shaw, el arte de gobernar se reducía a la organización de la idolatría.

Don Pedro y Arelliza cenaron opíparamente aquella noche en el hotel Ritz de Lisboa invitados por Trevijano.

Viernes, 18 de julio de 1969

A las nueve de la mañana, Antonio García Trevijano acude a Villa Giralda para despedirse de Don Juan, quien le asegura que las cartas al Príncipe y al Franco han salido ya. El autor de este libro no ha podido comprobar que sus destinatarios las recibieran.

A las diez de la mañana, Sainz Rodríguez y Arelliza perfilan el Manifiesto del Rey, ayudados por Satrústegui, en la terraza del hotel Palacio. Por la



José María de Arelliza

tarde, alertada por Juan Tornos, Doña María entra en la secretaría y advierte que no puede llevar fecha del 18 de julio. Se le pone fecha del 19.

Es falso que Doña María intrigase durante esos días en contra de su marido. En los momentos más difíciles, y especialmente durante aquella semana terrible, Doña María permaneció siempre al lado de Don Juan. Estuvo también, eso sí, haciendo todo lo posible para que no se produjera un choque entre el padre y el hijo. Y su tacto, su habilidad y su firmeza fueron decisivos para que no se llegara a una situación de ruptura.

Don Juan aprueba el Manifiesto. No lo firma, porque a nadie se le ocurre decirlo. Los manifiestos del 45 y del 47 están firmados. El del 69 se da a los medios de comunicación a través de la Secretaría de Información del Secretariado Político. Arelliza llama a Anson poco después del mediodía, le lee el Manifiesto y se asegura de que lo ha tomado correctamente. Anson lo lleva primero a ABC y después lo distribuye a las agencias extranjeras y españolas.

Fraga, ministro de Información, se entera en la tradicional recepción de La Granja, mientras escucha distraído *La vida breve*, de Falla. Cree que el Manifiesto de Don Juan atenta contra las Leyes Fundamentales y advierte duramente contra su publicación. Afirma que lo remitirá a la Fiscalía, por si fuera constitutivo de delito.

ABC publicó sólo las últimas frases del Manifiesto. No se atreve a hacer lo que debía haber hecho para no desatar las iras de Fraga.

El texto aprobado por Don Juan es ciertamente importante y dice así:

«Españoles,
En 1947, al hacerse público el texto de la llamada Ley de Sucesión, expresé mis reservas y salvedades sobre el contenido de esa ordenación legal en lo que tenía de contraria a la tradición

histórica de España. Aquellas previsiones se han visto confirmadas ahora, cuando al cabo de veinte años se anuncia la aplicación de esa ley. Para llevar a cabo esta operación no se ha contado conmigo, ni con la voluntad libremente manifestada del pueblo español. Soy, pues, un espectador de las decisiones que se hayan de tomar en la materia y ninguna responsabilidad me cabe en esta instauración.

Durante los últimos treinta años me he dirigido frecuentemente a los españoles para exponerle lo que yo considero esencial en la futura Monarquía: que el Rey lo fuera de todos los españoles, presidiendo un Estado de Derecho; que la Institución funcionara como instrumento de la política nacional al servicio del pueblo, y que la Corona se erigiese en poder arbitral por encima y al margen de los grupos y sectores que componen el país. Y junto a ello, la representación auténtica popular; la voluntad nacional presente en todos los órganos de la vida pública, la sociedad manifestándose libremente en los cauces establecidos de opinión; la garantía integral de las libertades colectivas e individuales, alcanzando con ello el nivel político de la Europa occidental, de la que España forma parte.

Eso quise y deseo para mi pueblo, y tal es el objetivo esencial de la Insti-

«Durante aquella
semana terrible,
Doña María
permaneció
siempre al lado de
Don Juan»

tución monárquica. Nunca pretendí, ni ahora tampoco, dividir a los españoles. Sigo creyendo necesaria la pacífica evolución del sistema vigente hacia estos rumbos de apertura y convivencia democrática, única para nuestra Patria, a la que seguiré sirviendo como un español más y a la que deseo de corazón un porvenir de paz y prosperidad.

Estoril, 19 de julio de 1969»

Sainz Rodríguez ha sacado adelante lo sustancial del texto por el redactado. Anson, que tiene el primer borrador aprobado por Don Juan, sólo advierte, aparte de varios matices, la supresión de una frase importante: «Como padre me siento en el deber de bendecir a mi hijo el Príncipe de Asturias y desearle que acierte en la decisión que ha tomado».

Sólo un historiador, Luis Suárez, ha calibrado el alcance del Manifiesto, una de las piezas magistrales en la estrategia global de Sainz Rodríguez. «Si se meditan cuidadosamente las palabras que en él se dicen -escribe Suárez-, podemos llegar a descubrir una profundidad de intenciones expuestas con gran inteligencia y habilidad que

«El Príncipe lee al dictador el texto. Franco lo aprueba, pero (...) suprime la única frase dedicada a Don Juan»

bre».

Con la colaboración de sus ayudantes, de forma especial Mondéjar y Armada, y con el asesoramiento de Carrero y López Rodó, Don Juan Carlos última su discurso. A las cinco de la tarde, el Príncipe le lee al dictador por dos veces el texto. Franco lo aprueba, pero, con la grandeza de espíritu que le caracteriza, suprime la única frase dedicada a Don Juan, en la que el hijo subraya el patriotismo del padre.

Entre el 17 y el 19, Don Juan, que habla telefónicamente con Anson cada hora y sigue de forma sorprendentemente serena los acontecimientos, recibe a una veintena de españoles destacados, entre ellos a Joaquín Satrústegui y Gaitanes. También a Juan Herrera y López Ibor, enviados por Rodó, así como al duque de Alba, portador de una declaración en la que han participado varios consejeros, entre ellos Pedro Gamero del Castillo. Con López Ibor se queda de sobremesa hasta las dos de la madrugada de ese sábado, 19.

«Me enseñó —le diría Don Juan por teléfono a Anson a la mañana siguiente— un manifiesto mío que había preparado López Rodó y que quería que yo firmara. Debo decir que era la cosa más absurda que te puedes imaginar. Menos mal que Juanito no se ha atrevido a mandárselo, cosa que en realidad siento, pues, por respeto al Opus, en lugar de pasárselo por el arco de la victoria lo hubiera empleado en encender velas a San Antonio, en la iglesia de aquí, para que el santo preservase, por los siglos amen, la virginidad de López Rodó».

Era absurdo, en efecto, el texto. López Rodó quería que Don Juan se hinchara de rodillas ante su caudillo, diciendo: «...me dirijo a los españoles para darles a conocer mi pleno acatamiento a la Ley por la que se designa sucesor a título de Rey al Príncipe Don Juan Carlos y mi decisión de transmitirle desde ahora los derechos y deberes inherentes a la Jefatura de la Dinastía...»

Los falangistas se reúnen con Solís

Areilza, que no se ha quedado contento con el Manifiesto de Don Juan, hace pública una nota en la que ya no participa Anson, que prefiere atenerse a lo que ha dicho el Rey. La nota de Areilza es excelente y en ella se demuestra su perspicacia política y su visión de futuro.

«...La Institución —escribe— debería ser el instrumento histórico para superar una etapa excepcional, en vez de quedar convertida en una solución parcial y divisoria...» «...el sentido nacional integrador que caracteriza la Institución también está ausente...» «...la Monarquía propugnada por Don Juan de Borbón consistía, como la ratifica en su declaración, en establecer la evolución pacífica y democrática que insertará a nuestro país, que no es diferente, en los niveles políticos de Europa...» «...sin la presencia activa del pluralismo social y político no puede haber un régimen verdaderamente li-



Pedro Sáinz Rodríguez

en la Secretaría General del Movimiento. La designación de Don Juan Carlos como sucesor es su gran derrota. Al referirse a esa reunión, López Rodó, con insospechada ironía en hombre tan serio y comedido, la llama certeramente «velatorio». Los falangistas se vengarán de los tecnócratas del Opus desencadenando semanas después el escándalo Mateo-

A lo largo de toda la tarde del 19, varios ministros hacen cola para ver a Torcuato Luca de Tena, director de ABC. Les envía el incansable López Rodó para que condicionen la postura del periódico, el bastión de la Monarquía legítima y de su titular Don Juan de Borbón. Es una tarea tensa y agria que Anson vive, con disgusto, en el periódico. Al final, ABC capitula.

Domingo, 20 de julio de 1969

Torcuato Luca de Tena, director de ABC y procurador en Cortes, escribe al Rey para explicarle que ha decidido votar no en las Cortes, pero publica un largo editorial en la primera del diario, *Con la sangre de nuestros Reyes*, que, bien matizado y lleno de veladuras, supone de hecho la aceptación por parte del periódico de la voluntad del dictador.

Don Juan lo lee con tristeza, tras la misa en San Antonio, cerca ya del mediodía, cuando se dispone a embarcar en el Giralda y perderse en la mar, la

amada y acogedora mar de sus reposos de guerrero.

I will go back to the great sweet mother mother and lover of men, the sea.

Tal vez el veterano luchador, el príncipe marino, recordaría, en esos momentos de desolación y desgarró, los versos de Swinburne, el poeta preferido de sus tiempos de servicio en la Armada británica. En aquella mañana de sol, consumada ya su humillación, anhelaba perderse en el mar para lamerse tranquilo las heridas de la Historia.

El Infante Don Jaime y su hijo Don Alfonso de Borbón-Dampierre hacen público, con alguna imprecisión de fechas, en servil asentimiento a Franco.

Pero la Familia Real decide no asistir a la proclamación. Doña María, la madre, se va a París. Doña Pilar y Doña Margarita, las hermanas, permanecen en sus casas. Ni siquiera asistirá el duque de Calabria. Don Juan Carlos se enfrentará solo, apoyado admirablemente por Doña Sofía, a las Cortes de Franco.

Joaquín Satrústegui, con ayuda de Zulueta, Miralles y Piniés, escribe una lúcida carta al Príncipe. Se queja de que el Manifiesto de su padre ha sido prohibido y no se ha publicado, y le pide que en su discurso «debe asumir la responsabilidad de esta divulgación (del Manifiesto censurado de Don Juan) pues hemos de suponer que, como consecuencia de la designación, ha de tener el derecho mínimo de exigir que los españoles conozcamos íntegramente y sin mutilaciones el pensamiento y la posición del Jefe de la Dinastía en que V.A. ha nacido».

Lunes, 21 de julio de 1969

La noche del 20, madrugada del 21, nadie duerme en España. La sucesión, como había previsto Franco, hombre siempre dado a la marullería, pierde presión ante el alunizaje de Armstrong, Collins y Aldrin.

El «caudillo de España por la gracia de Dios» abre el Consejo de Ministros, como el pastor el postigo del

«Don Juan Carlos se enfrentará solo, apoyado admirablemente por Doña Sofía, a las Cortes de Franco»

redil. Alude a su edad y comunica al rebaño, tras un cálido autoelogio, que ha decidido nombrar sucesor a título de Rey al Príncipe Don Juan Carlos.

Según López Rodó, dijo también: «El año pasado cuando estubo en Madrid la Reina Victoria y tuve una conversación con ella, me dio a entender claramente que sus preferencias estaban al lado del Príncipe Don Juan Carlos.» Es falso lo que dice el dictador. Pero desea que se crea así. Ha retrasado la designación de sucesor hasta la muerte de la Reina Victoria Eugenia porque no quería enfrentarse con una declaración de ésta en favor de su hijo Don Juan. Federico Silva recoge la intervención de Franco de forma diferente a López Rodó: «Cuando estubo con la Reina Victoria me alentó a que si estaba decidido a instaurar la Monarquía en la persona de su nieto lo hiciera lo más pronto posible.» Es impensable que Doña Victoria empleara la palabra instauración, prescindiera de su hijo y metiera prisa a Franco. Pero así se escribe alguna Historia.

El dictador arremete contra Don Juan y le lanza unas cuantas pedradas, sin que se produzca un solo balido en el rebaño, salvo los de placer. El silencio de los corteros se espesa mientras habla el pastor. Franco, en el apogeo de su gloria, asegura que Don Juan era «inservible» y dedica un turno a atacar expresamente a los rabadores del Secretariado Político. Está eufórico.

A continuación, Carrero lee, en nombre de las ovejas, un largo escrito que lleva preparado y que Franco escucha con agrado. Adora la política áptera del incienso.

Castiella, ministro de Exteriores, no se atreve a decir que, en medio del esparpento, hay una persona digna: el Rey, que ha ordenado le supriman el Gabinete Diplomático. El fiel, discreto y perfecto marqués de Lema, y el incierto Tornos, abandonan Villa Giralda. Ese Gabinete, formado por dos diplomáticos, es todo lo que Don Juan había aceptado de Franco desde la Guerra Civil, y ello como demostración de que sus actividades eran trans-



Don Juan y Doña María, con los Reyes, el Príncipe de Asturias y las Infantas Doña Elena y Doña Cristina

CONCURSO
DIRECCIÓN DE OBRA DE
RESTAURACIÓN Y REHABILITACIÓN DE
LAS EDIFICACIONES MONUMENTALES
MONASTERIO DE SAN JERÓNIMO DE
YUSTE. CUACOS DE YUSTE. CÁCERES
Presupuesto máximo de licitación
(IVA incluido): 24.000.000 pesetas.
Plazo: hasta el 5 de agosto de 1999
Información:
FUNDACIÓN HISPANIA NOSTRA
Plaza de las Comendadoras, 11
28015 Madrid. Tel.: 915482053. Fax: 917580017

parentes y que no conspiraba, lo cual, por otra parte, está claro que no era cierto.

El Rey, suprimido el Gabinete Diplomático, reclamaba después a Don Juan Carlos la placa de Príncipe de Asturias. «Esto no es lo nuestro, de manera que venga la placa.» En 1977, tras la abdicación el 14 de mayo, se la entregó al nuevo Príncipe de Asturias, Don Felipe.

Durante la tarde de aquel día, el dictador se reúne con el Consejo del Reino, mientras los falangistas arremeten en su campaña para que la votación en las Cortes fuera secreta y se dijera no. Con la votación pública, cara a cara con Franco, casi nadie se atrevería a votar negativamente y perder los generosos pesetones con los que el Régimen tenía atados y bien atados a los miembros de su clase política.

Bau le cuenta a López Rodó que Carlos Arias Navarro, antes de entrar a la reunión del Consejo del Reino, defiende que la votación sea secreta, incluso con Franco ausente en el momento de efectuarse. Arias era uno de los cabecillas falangistas más activos contra la designación del Príncipe. López Rodó creyó haberle aplastado en aquellas fechas. No podía ni imaginar que sólo cuatro años después, el dictador, cada vez más consciente de que se había equivocado con la elección del Príncipe, nombraría, asesinado Carrero, presidente del Gobierno a Carlos Arias Navarro. La primera medida que tomó el veterano falangista fue liquidar a López Rodó del ministerio y enviarle a una embajada de segunda, para que pudiera recoger allí los escombros de su política.

Don Juan Carlos, entretanto, recibe a Vicente Morales, al que muestra una carta de su madre.

Cena el Príncipe en el Club 31, con Doña Sofía y varias personas. Antonio García Trevijano está allí con un amigo. EL Príncipe, al salir, se acerca a la mesa.

«¿No me saludas, Tono? -le pregunta a Trevijano.

Este se levanta, le mira y responde, tendiéndole la mano:

-Saludo, como siempre, al amigo. Nunca al sucesor.

Martes, 22 de julio de 1969

Entran en funcionamiento las instituciones de la dictadura. El 94,6 de los procuradores le dice que sí a Franco en su propuesta de sucesor. López Rodó está eufórico. No solo ha ganado a la Falange una partida en la que sinceramente cree, sino que se ha consolidado como el hombre fuerte de España después de Carrero. El futuro es suyo. Así lo cree él, así lo creen todos. Votan no, además de Luca de Tena y el teniente general García Valiño, que quiere reventar a Franco, diecisiete falangistas irreductibles. El grueso de los procuradores de la Falange, arriados los pantalones, lo hacen afirmativamente. El voto es público, mirando cara a cara al dictador. El hemisclero es un puro temblor de piernas. El César se muestra allí en el cenit de su gloria y su poder. También dicen sí Valdeleñas, Valdecasas y Fanjul que eran,



Busto de Don Juan III realizado por suscripción popular y situado en el Parque Don Juan Carlos I de Madrid.

además de procuradores, miembros del Consejo Privado de Don Juan.

El discurso del dictador carece de grandeza histórica. Es un texto auto-complaciente e irrelevante, reproducido por todos los periódicos españoles. Los procuradores ovacionan hasta el delirio a su caudillo.

Al relatar estos hechos, de nuevo Luis Suárez hace un juicio penetrante, recordando la apertura monárquica desde el Manifiesto de Lausana en 1949 y afirma: «La jornada del 22 de julio de 1969 fue, en el fondo, más compleja de lo que sus protagonistas creían.» Para Suárez se estaba produciendo un «juego a dos bandas de la Dinastía: Don Juan capitalizaba toda la oposición no comunista; Don Juan Carlos, las fuerzas que servían de apoyo al Régimen. El resultado debía ser, en todo caso, la restauración del Trono». Es éste un párrafo clarificador. Desde 1949, Sain Rodríguez había mantenido una sutil estrategia bífrente para engañar a Franco y asegurarse la Restauración de la Monarquía.

Miércoles, 23 de julio de 1969

En el Palacio de la Zarzuela, el Príncipe de Asturias firma la aceptación del nombramiento y pronuncia unas palabras sobre las que han trabajado Mondegar, Armada y Gamazo.

«Formado en la España del 18 de julio -dice ante Antonio María de Oriol, ministro de Justicia y notario

mayor del Reino- he conocido, paso a paso, las importantes realizaciones que se han conseguido bajo el mandato magistral del Generalísimo.» Para coronar ese magistral mandato, Franco había ordenado que asistieran al acto de aceptación todos los miembros de la Familia Real que estaban en España, además del vicepresidente del Gobierno y el presidente de las Cortes. El Príncipe tuvo a su lado a Doña Sofía y a sus hijos, los pequeños Infantes. Don Felipe, en brazos de la Princesa. Ni su madre, ni Doña Pilar, ni Doña Margarita, ni Don Carlos de Borbón Dos Sicilias, asistieron. Si lo hizo -paradojas de la Historia- su enemigo frontal, Alfonso de Borbón-Dampierre, acompañado de su hermano Gonzalo y de Luis Alfonso de Baviera. Este último recordaría durante muchos años la inmensa tristeza de los ojos del Príncipe de Asturias.

Por la tarde, Don Juan Carlos llama a López Ibor para que hablara por teléfono con Don Juan. El hijo llevaba al padre en el alma. Pero el Rey está en el barco y López Ibor sólo consigue hablar con Doña María. Difícilmente pudo hacer la Condesa de Barcelona lo que afirma López Rodó en uno de sus libros, porque Don Juan, para ver la intervención de su hijo ante las Cortes falangistas, desembarca «en un pueblecito del Algarve», según la mayoría de los historiadores. En realidad navega hacia el norte, llega a Fi-

gueira da Foz, adonde no alcanza la televisión española, surca el Mondego, pasa por Montemor o Velho y desembarca cerca de Coimbra. Entra en un bar, pide que le sintonicen la televisión española y presencia la ceremonia. Permín recogería una anécdota en boca de Don Juan: «Qué bien ha leído Juanito» -que es la que prosperó. Pero Don Juan dijo otras muchas cosas del acto a Permín y a dos consejeros el 29 y, unos días más tarde, en la costa granadina a un grupo de sus partidarios entre los que estaba Fernando Almansa.

En la tarde de aquel día, 23 de julio, el Príncipe de Asturias va a buscar al caudillo a El Pardo y juntos se dirigen a las Cortes. En medio de una expectación inusitada, Don Juan Carlos, con voz clara y serena, pronuncia un discurso de circunstancias en el que recuerda que en su familia se habían unido las dos ramas dinásticas. Pero no hace una sola mención a su padre por la prohibición mezquina del dictador.

Después presta juramento: «Sí, juro lealtad a Su Excelencia el Jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y de las Leyes Fundamentales del Reino.

En el discurso, el Príncipe había afirmado que «mi pulso no temblará para hacer cuanto fuera preciso en defensa de los Principios y Leyes que acabo de jurar».

La justicia histórica exige recono-

cer que Don Juan Carlos nunca fue perjuro a este juramento y que toda la reforma política la hizo desde las leyes que había jurado, gracias a la habilidad impagable de Torcuato Fernández-Miranda y Adolfo Suárez.

Sólo nueve años después de este juramento firmó una Constitución que liquidaba toda la ficción legislativa de Franco y que consagraba una Monarquía constitucional contraria a la que quería el caudillo, precisamente la misma defendida por su padre Don Juan de Borbón, como si la Historia quisiera apoyar los versos de Ercilla.

Pues por razón oculta a veces veo que sale vencedor el que fue reo.

Terminada la sesión, al salir del hemisclero, y en la llamada sala de ministros, López Rodó no da abasto para atender las felicitaciones que recibe. Su euforia y la de su equipo no tiene límites. Viven en un éxtasis permanente, en el orgasmo continuo del poder. Todo el grupo de López Rodó cree que el Príncipe es ya uno de los suyos y que, gracias a la operación victoriosa contra los falangistas, podrán seguir sacrificándose por la Patria durante veinte años más en los más suculentos cargos. Federico Silva describe así la emoción general:

«Yo accedí a la sala detrás de Carrero y Fernando Castiella. El caudillo lloraba. Al darle la mano, me la retuvo y me emocionó profundamente. A continuación el Príncipe volcó su enorme humanidad sobre mí en un gran abrazo y me dijo textualmente: "Federico, gracias por lo que me has ayudado, no lo olvidaré nunca"».

Silva se lo creyó, claro. ¡Qué ingenuidad la de muchos de aquellos personajes! ¡Qué falta de conocimiento histórico de lo que era un Borbón! Sólo siete años después, el 4 de julio de 1976, Federico Silva, en pasaje poco conocido, se convirtió en el auténtico sucesor político de Franco y su régimen. El Consejo del Reino le propuso por unanimidad como presidente del Gobierno, encabezando una terna en la que le seguía López Bravo y, con pocos votos, Adolfo Suárez. Don Juan Carlos, Rey de hecho desde hacía ocho meses, eligió al que menos votos tuvo. Adolfo Suárez, introducido en la terna por deseo del Monarca y por la habilidad escudriñada de Torcuato Fernández-Miranda, que engañó a los consejeros de Franco, fue nombrado presidente del Gobierno por el Rey, que desairó duramente a Silva.

Por la noche, estamos en el 23 de julio de 1969. Los Príncipes cenan en la Zarzuela con sus colaboradores inmediatos. Don Juan Carlos tiene acentuada la tristeza en el fondo de la mirada. Pero el regocijo es general. Doña Sofía, dirigiéndose a Alfonso Armada, dice: «Hoy tomamos el mejor vino y yo brindo por usted, Alfonso». Doce años después, el 23 de febrero de 1981, cuando Jesús Pica-toste pasó el vídeo del asalto al Congreso y se oyó la frase de «una autoridad, naturalmente militar», fue Doña Sofía quien dijo, mirando a Manolo Prado: «Ese es Armada».